

El tiempo en pausa

Un ensayo sobre nuestra forma de habitar el tiempo en la pandemia

MENCIÓN HONORÍFICA

Xicotencatl Servin

ENSAYO

Entonces comprendíamos que nuestra separación tenía que durar y que no nos quedaba más remedio que reconciliarnos con el tiempo. Entonces aceptábamos nuestra condición de prisioneros, quedábamos reducidos a nuestro pasado, y si algunos tenían la tentación de vivir en el futuro, tenían que renunciar muy pronto, al menos, en la medida de lo posible, sufriendo finalmente las heridas que la imaginación inflige a los que se confían a ella.

Albert Camus, *La peste*.

En medio de esta pandemia el tiempo parece retroceder, estar en pausa, ir más lento. No, no es el tiempo el que se ha hecho más espeso ni más duradero, somos nosotros los que nos hemos detenido. Como si toda esta situación fuera un filme de acción o tragedia, el mundo se ha detenido de su marcha normal, le hemos puesto pausa a este largometraje que nos tiene a todos pendientes de su curso. Y es que, hoy ya no nos preocupa tanto el virus que ha iniciado la pandemia, hoy lo que nos preocupa es el tiempo.

Ante algunas semanas de aislamiento voluntario u obligatorio, uno de los principales cuestionamientos que hoy nos preocupa es, ¿cuánto durará todo esto? ¿cuánto tiempo más de mi vida consumirá este indeseable virus? ¿cuánto tiempo falta para regresar a la “normalidad”? El tiempo que hoy resulta ser el ápice de nuestra atención, parece demorarse más, parece que ha adquirido una duración diferente. Muchas personas han cambiado por completo su rutina diaria, los despertadores han dejado de sonar, la prisa hoy parece estar en pausa, detenida. Y tal como afirmaba Camus, “no nos queda más remedio que reconciliarnos con el tiempo.”

La expresión de Camus sugiere la recuperación de un tiempo perdido, un tiempo al que le habíamos declarado la guerra, al que habíamos puesto en conflicto con nuestra propia vida. ¿Cuál es ese tiempo que, como nos sugiere Camus tenemos que reconciliarnos con él? ¿cuál es aquel tiempo perdido que hoy, en momentos de pandemia vuelve a susurrar a nuestros oídos?

Aunque hoy nos parezca distinto, el tiempo sigue siendo el mismo, sin embargo, lo experimentamos de una manera distinta, como si fuera otro. En estos días en los que hemos acotado el número de actividades y hemos desacelerado nuestro andar, casi sin pensarlo ni percibirlo, nos hemos enfrentado al estruendoso *silencio y quietud* de la vida. Dimensiones temporales que siempre habían estado ahí, pero se encontraban envueltos bajo la extenuante rapidez y el ruido agobiante de nuestras vidas. Lo que experimentamos de una manera distinta no es el tiempo propiamente, sino el propio ritmo de nuestras vidas.

La pandemia nos ha llevado a un aislamiento del mundo en donde nos hemos encontrado con la percepción de la quietud, el reposo y la lentitud. La rapidez en la que estábamos inmersos nos había cejado de esta transitoriedad del tiempo, de esta duración temporal. ¿Cómo se enfrenta una sociedad de la *hiperactividad* a la quietud, el reposo y la lentitud que supone el aislamiento si no está acostumbrada a ello? ¿cómo aparece este nuevo ritmo temporal en la percepción del tiempo de una sociedad acostumbrada a la prisa y lo momentáneo?

El brinco repentino de la *hipercinesia* al reposo ha contribuido al aumento de alteraciones mentales y emocionales en una sociedad que de por sí ya los padecía. Patologías como la ansiedad, insomnio, miedo y depresión hoy parecen surgir con mayor fuerza. Esto es así porque hemos brincado repentinamente de una percepción temporal a otra sin estar preparados para ello. Hemos pasado de la percepción de la aceleración a la quietud impuesta por una repentina pausa en nuestra vida, hemos pasado de una “falta de tiempo” a un “demasiado tiempo”. ¿No resulta paradójico que lo que antes provocaba estas patologías era la percepción de la aceleración de nuestra vida y hoy lo esté provocando la quietud y la lentitud del tiempo? Hoy habitamos la quietud, el reposo y el silencio sin haberlos cultivado. Simplemente llegaron repentinamente como

consecuencia del virus. Hubiese sido totalmente distinto si nuestra sociedad estuviera acostumbrada a experimentar estas esferas temporales.

Las formas más sutiles de existencia tienen que aprenderse a cultivar, conllevan tiempo. De este modo, la quietud y el aislamiento que nos fueron impuestos por el virus y que llegaron repentinamente se transforman en algo totalmente opuesto, se experimentan como una forma de coacción. Revocan nuestra antigua percepción del tiempo y nos hacen experimentar un tiempo distinto al cual no estábamos acostumbrados. Esta pausa que hoy todos experimentamos ha puesto en manifiesto lo sometidos que estábamos ante los imperativos de una sociedad del rendimiento, bajo las normas de la productividad y el consumo, ante el derroche de nuestra vida a manos de un tiempo sin significación ni sentido.

Es verdad que nuestra percepción temporal ha cambiado, por lo menos momentáneamente, pero esto se debe también a que le hemos prestado mayor atención al discurrir de nuestra vida a través del tiempo. Hemos puesto mayor atención al desenvolvimiento de éste en tanto experiencia subjetiva y no ya en referencia a las actividades del trabajo y la vida hiperactiva que no consumía. El “vivir pausado” que la pandemia nos ha impuesto, nos coloca en la incertidumbre del tiempo, aunque sabemos que todo tendrá que recuperar su curso natural hoy nos sentimos brevemente en pausa sin saber realmente cómo actuar ante esta duración temporal, ante las circunstancias de estar encerrados con nosotros mismos sin huir al tiempo vacío y fugaz de nuestros aparatos digitales.

La vorágine del mundo digital en nuestra vida nos ha atado a un tiempo carente de significación. Los aparatos digitales han capturado gran parte de nuestro tiempo, entregándonos en gran medida a un tiempo fugaz. “Matar el tiempo” es una expresión que nos condena a nosotros mismos, quien quiere “matar el tiempo” en realidad se está condenando a sí mismo, pues el tiempo no está en ninguna realidad externa, el tiempo deviene en nosotros mismos, lo vivimos.

Estar frente a una pantalla compulsivamente no presupone ningún habitar el tiempo, supone más bien una huida fugaz de la soledad, supone brincar el aburrimiento. La enajenación de las series, la fugacidad de las redes sociales y el torrente masivo de información nos alejan aún más de nuestro propio tiempo, más bien contribuyen a

umentar la incertidumbre y el miedo debido al exceso de información y la enorme cantidad de noticias falsas.

Hoy tenemos más tiempo para pensar en nosotros, pero por complicado que parezca este “demasiado tiempo” nos arroja a fantasmas temporales. Nos vuelca sobre el pasado y nos transporta hacia el futuro. Por eso surgen con mayor fuerza patologías mentales y colapsos emocionales sumadas al hecho mismo del encierro. La depresión está relacionada íntimamente con el pasado, con todo aquello que fue, con todo aquello que pude haber hecho y no hice. La ansiedad por el contrario está íntimamente relacionada con el futuro, con todas las proyecciones, deseos y anhelos por lo que vendrá. No nos alojamos nunca en el momento presente, en lo que está ocurriendo aquí y ahora. Vivir en el futuro en un contexto de aislamiento nos condena como afirmaría Camus a soportar las heridas que la imaginación inflige.

Es entendible que este suceso nos lleve a pensar en lo que vendrá después de la pandemia, en cómo nos recuperaremos de todo esto, en cómo saldremos de esta crisis. Pero si quedamos prisioneros de estos pensamientos, quedamos condenados a un presente lleno de miedo y ansiedades, lleno de angustia y desdicha. Experimentar la quietud y el reposo del tiempo supone saber habitar el presente, ser conscientes del transcurrir de éste sin quedar prisioneros del pasado ni del futuro.

No hay crisis o tragedia que nos exima de enfrentarnos directamente con nuestra verdad primordial: la experiencia del acaecimiento repentino de la muerte. La cual se reduce también a una cuestión temporal. Nos aterra pensar que la muerte nos llegue a *destiempo*. Todos imaginamos o por lo menos deseamos una muerte tranquila, serena, *a tiempo*. Llegada nuestra vejes es que nos sentimos preparados para morir, ¿esto es en realidad así? ¿estamos alguna vez preparados para morir? Si nunca nos preocupamos por tener una vida tranquila, serena, a tiempo, ¿cómo podríamos tener una muerte consciente, tranquila y serena si nuestra vida jamás lo fue?

La pausa que nos ha traído esta pandemia puede ser un momento perfecto para recuperar aquella noción del tiempo perdida, para aprender a cultivar el silencio y la quietud en nuestras vidas. Lo que está ocurriendo en estos momentos nos afecta a todos de distintas maneras, no sólo a un nivel individual, sino que las verdaderas repercusiones sociales serán vistas en el largo plazo. Sin embargo, la mejor manera de prepararnos para

el futuro es ocuparnos del presente. Tenemos que prepararnos para lo que vendrá, pero debemos hacerlo desde la consciencia de nuestro presente porque es aquí en donde reside únicamente la existencia. Debemos ser conscientes de que el acontecimiento de la vida se encuentra únicamente en el instante en el que estamos viviendo, es en el aquí y ahora en donde reside nuestra realidad.

El virus llegó sigilosamente y se expande a través de lo más sutil de los humanos: nuestro afecto. Nunca nos habíamos hecho tan conscientes de lo necesario y vital de nuestro contacto con los otros. Pero el distanciamiento al que nos ha obligado el virus puede suponer también una forma de cercanía. La distancia del otro y de lo otro, supone también una cercanía a nosotros mismos, un momento oportuno para regresar a ese lugar abandonado, para regresar a nuestro único y verdadero refugio: nuestro propio interior.

Quizá esta pausa nos lleve a comprender lo importante que resulta aprender a cultivar el silencio, la quietud, volver a nosotros mismos. Reconciliarse con el tiempo —como sugiere Camus— significa reconciliarse con la experiencia del tiempo en la que se hace posible experimentarse así mismo, escucharse y sentirse, y que involucra necesariamente volver al momento presente. Significa volver a cultivar las formas primigenias de nuestro tiempo, reencontrar el vaivén natural de nuestro devenir. El encuentro con este tiempo significa en un sentido más profundo reconciliarse consigo mismo, con su presente, su pasado y su futuro. Reconciliarse con los fantasmas que desbordan en ocasiones nuestra vida.

Reconciliarse con el tiempo, finalmente, supone reconciliarnos con la actualidad, con todo lo que está pasando, con las circunstancias de nuestro presente. Aceptar el hecho de que este virus nos ha devuelto un tiempo perdido, una percepción del tiempo consumida por nuestra actual forma de vida *hiperactiva*. El virus nos ha devuelto la percepción de quietud, de serenidad, de silencio.

Tales hechos debieran hacernos reflexionar a fondo y adquirir consciencia plena de los desequilibrios y cambios que estamos ocasionando en la naturaleza, de lo interconectados que estamos con nuestro planeta y con las distintas formas de vida y que, su bienestar supone también el nuestro. De la fragilidad de nuestros sistemas políticos y económicos ante crisis como ésta. Es momento para pensar que, si queremos

sobrevivir a los cambios repentinos y caudalosos de la naturaleza, tenemos que empezar a reflexionar sobre una verdadera solidaridad global, sobre nuestra cooperación como especie y sobre nuestra responsabilidad y compromiso con nuestro planeta y todos sus habitantes. Pues quizá la única forma de estar preparados para un futuro incierto sea reconciliarnos con el tiempo, aprender a estar en silencio, escucharnos, sentirnos y al mismo tiempo, sentir al otro.

Bibliografía

- Camus, Albert, “La Peste” en *Obras Maestras: Albert Camus*, Editores Mexicanos Unidos, México, 2017.
- Han, Byung-Chul, *La sociedad del cansancio*, Herder, Barcelona, 2017.
- _____, *El aroma del tiempo. Un ensayo filosófico sobre el arte de demorarse*. Herder, Barcelona, 2015.